

EMPIRE, UNA IMAGEN DEL MUNDO¹:

Por Sergio Villalobos-Ruminott.

La imposibilidad de penetrar el esquema divino del universo no puede, sin embargo, persuadirnos de plantear esquemas humanos, aunque nos conste que éstos son provisorios.

Jorge Luis Borges².

Hay un sorprendente relato de Borges llamado *Del rigor de la ciencia* en que se narra la construcción de un mapa extremadamente detallado de un Imperio: “Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él”(1994, 225). Esta historia, que Borges adjudica a Suárez Miranda (1658), viene a confirmar el epígrafe que encabeza nuestro texto: por descabellados e ilógicos que parezcan nuestros esquemas, nada los hace innecesarios. O en sentido inverso, aunque seguros y acostumbrados a nuestras representaciones, no por ello son menos arbitrarias.

Al mismo tiempo, podríamos leer dichos enunciados aludiendo a una paradoja en el pensamiento crítico contemporáneo, la paradoja puede ser expresada de la siguiente forma: o asumimos la imposibilidad de restituir el sistema de representación (moderna) del mundo como totalidad, o intentamos reconstruir un sistema de coordenadas que nos permitan reponer una nueva representación de éste. Esta paradoja menta uno de los ejes más problemáticos en la discusión académica y política contemporánea. La discusión sobre el estatuto “acósmico” o fisurado de la totalidad en la lectura hegeliano-lacanian de Slavoj Žižek (1999); la teoría de las articulaciones hegemónicas y las reconfiguraciones del pensamiento universalista en Ernesto Laclau (1985, 1996, 2000); sin olvidar la cartografía originaria de Jameson (1991), se muestran como intentos contemporáneos, sólidos y pertinentes, para reorientar un pensamiento que quedando por detrás de la historia, de su acelerada dinámica y de su irrepresentable actualidad, ha perdido su vínculo moderno con la política. En este mismo intento deberá inscribirse el reciente libro de Michael Hardt y Antonio Negri *Empire* (2000), al que dedicamos las siguientes reflexiones.

¹ La primera versión de este texto fue escrita para la revista Rethinking Marxism, y apareció en otoño del 2001.

² El idioma analítico de John Wilkins, 1994. 86.

I.- Argumentos en la paradoja:

No debe pasarse por alto que la supuesta paradoja se estructura en la oposición de dos alternativas. O restituir una representación de la totalidad del mundo, o asumir la imposible totalización de la facticidad del mundo actual. En este plano señalemos algunas argumentaciones:

1.- Bien podría decirse que no se trata de una paradoja sino de una falsa dicotomía, en tanto no es necesario restituir una cartografía *moderna*, esto es, con los vicios sistemáticos que la tradición de pensamiento crítico manifestó hasta hace pocos lustros. Se trata de elaborar una “imagen del mundo” en la que la multiplicidad de la experiencia tempo-espacial no quede fijada a un mojon categorial. Imagen virtual³, por ello real y posible. En tal perspectiva la misma noción de totalidad queda debilitada respecto a su anterior resonancia omniabarcadora y, las peticiones del pensamiento crítico ya no se dirigirían a la configuración de una red categorial que agote la diversidad de la experiencia sensible, sino que por el contrario, se conformarían con instalar ciertos hitos indicativos (los portulanos de Jameson), en los que orientar tanto la investigación crítica, como la práctica política.

2.- También es posible argüir que la posibilidad de reponer una cartografía, por débil y abierta que sea, se hace un imperativo inaplazable, pues de ella depende nuestra representación del mundo, y en tal representación, nuestra ubicación para efectos críticos y políticos. Sin embargo, a diferencia de la primera alternativa, de carácter epistemológico y sustantivo, esta indicación adolece de un imperativo modernamente ético que termina por resultar aporético. La paradoja no es superada sino desplazada por una urgencia, la urgencia de ubicarnos en un mundo irrepresentable y, tal vez, la urgencia de ubicarnos a su izquierda. Anteponer tal imperativo conlleva necesariamente una determinada representación del mundo, conlleva una pre-suposición sobre el mundo y sobre el que-hacer en el mundo.

3.- Un tercer orden argumentativo establece que la imposibilidad de construir una representación total del mundo es una carencia que se vive a nivel de lo que podríamos llamar “la conciencia intelectual”. De otro modo opera la multitud de sujetos que habitan lo que Hegel llamó “la conciencia natural” (1992), esto es, la construcción de una imagen del mundo es inherente a su habitabilidad. Este es el lugar donde la imagen del mundo aparece multiplicada, y el problema siguiente está tanto en la inarticulabilidad de estas rizomáticas representaciones, como en la posibilidad de concebir tal multiplicidad más allá de la oferta narrativa de – lo que supone otra vez dicha cartografía- lo tele-tecno-mediático. En tal perspectiva, e invirtiendo el ciclo de crisis de la conciencia natural hegeliana, la actual falta de un sistema de coordenadas afecta a la conciencia intelectual de la tradición de izquierda y le hace olvidar que la falta de una representación es no sólo indicio de tal crisis en sentido negativo, sino de una potencialidad, en sentido ontológico: la falta de

³ Este es lugar de un problema mayor, no sólo porque Hardt (1993) ya ha leído desde la noción de virtualidad entregada por Deleuze en su análisis de Bergson, la relación entre virtualidad y política, sino porque el mismo texto de Hardt dedicado a Deleuze llega hasta los análisis de este último sobre Nietzsche, quedando limitado a un momento central pero no definitivo del pensamiento de Deleuze, cuestión que no afecta el libro de Hardt, pero tampoco permite advertir en el pensamiento del mismo Deleuze una interrogante mayor sobre la cuestión de la imagen y de la relación entre imagen y pensamiento. Volveremos sobre esto al final del texto.

una representación homogeneizante es una condición fundamental de la multiplicación de representaciones. Sin embargo, acá se esconden dos presupuestos que debemos explicitar:

3.1.- La multiplicidad de representaciones del mundo es inherente a la multiplicidad de procesos de subjetivación y posiciones de sujeto que configuran a la sociedad actual. No hemos determinado aún la fisonomía total de esta sociedad, pero si hemos avanzado en señalar su configuración compleja y heterogénea (múltiple, híbrida, aleatoria, post-clasista serán otras tantas etiquetas del pensamiento contemporáneo). La cuestión realmente preocupante, según este razonamiento, es determinar si tal multiplicidad se encuentra ajena, en tensión o en estado de total subordinación a los mecanismos de la sociedad de control (*Empire*), a la ideología, a la telemática, al capitalismo mundial integrado, o cualquier macrocategoría que usemos para esta interrogante.

3.2.- La segunda elucidación que necesitamos está en estricta relación con la anterior: cómo podemos determinar el paso de tal heterogeneidad o multiplicidad de representaciones, a un plano más integrativo o articulativo, donde éstas funcionen diferenciadamente, pero a la vez, mediadas o articuladas en un proceso de constitución subjetiva –multitud como sujeto político-, contrahegemónico –en el sentido de Laclau y Mouffe- o redentor, lo que supone avanzar más allá de las resistencias particulares.

Si estas argumentaciones son suficientes para complejizar la “falsa” paradoja, no lo son en cambio, para problematizar la cuestión misma de “la imagen del mundo”. La construcción de tal imagen supone aún una relación demasiado moderna con la experiencia de la temporalidad y la espacialidad, una relación objetivante en que la realidad aparece como pre-dada y en tanto tal, como determinable y a determinar. Pero, antes de tomar un giro neo-heideggeriano, dejemos en suspenso esta última problemática y concentrémonos en otra anterior, ya mencionada:

La imposibilidad de una representación total del mundo dice más de la imposibilidad de una única representación de este tipo. La supuesta crisis de la totalidad es una crisis vivida a nivel de la conciencia intelectual, la cual intenta en sus diversas respuestas, traducir y adaptar los modernos esquemas categoriales al ritmo vertiginoso de las transformaciones que se han sucedido en los últimos años. Sin embargo, esta falta de una imagen única no supone la ausencia de una proliferación de historias⁴, esto es, de imágenes de mundo que en su misma multiplicidad se muestran como inagotables, pero a la vez, como “inarticulables”.

Repitamos la argumentación. Si la ausencia de una imagen total del mundo contemporáneo puede leerse como consecuencia de la crisis de la tradición de pensamiento crítico que se desarrolló en la modernidad, un tipo de crisis para la que no se habrían constituido todavía reemplazos y renovaciones categoriales, entonces la actualidad se hace indescifrable en su totalidad. Tal vez porque como señaló tempranamente Deleuze y Guattari (1983), dicha totalidad no existe en plenitud, sino que se configura y desconfigura progresivamente según una axiomática inanticipable y por ello, irrepresentable. Ahí mismo preguntémonos –parafraseando el epígrafe- ¿puede

⁴ Advirtamos de paso que tal proliferación no se da en una superficie plana y ajena a relaciones de poder, sino que está constituida por tales relaciones y adquiere múltiples formas de diferenciación, entre las que debemos mencionar las diferencias de grado y densidad, para diferenciar tal proliferación del elogio pragmatista de Rorty, donde tales historias quedan des-densificadas y volcadas a la circulación absoluta, convertidas en valor cambiario de la decisión pragmática. Ver Rorty 1989.

persuadirnos esto de plantear esquemas tentativos del universo? No, y sin embargo, esta negativa no debe ser entendida como una recaída en la voluntariosa operación de representación moderna. No nos persuade de plantear esquemas tentativos, múltiples y rizomáticos, pues precisamente en tal multiplicidad existe la posibilidad de no determinar una única, homogeneizante y hegemónica imagen del mundo.

En tal caso *Empire* no sólo es la proposición de una determinada imagen del mundo, sino que avanza más allá del simple intento de acordar viejas categorías a nuevas realidades. La proposición categorial del libro encierra una revisión del pensamiento crítico contemporáneo, lo suficientemente eficiente como para estar advertida de tal vicio. Sin embargo, esto no resulta tan fácil. Una imagen cuyo centro categorial esté alimentado con las nociones de multiplicidad-multitud, de virtualidad, de infinitud y descentración, ubicuidad y ausencia de fronteras, todavía no deja de ser automáticamente una representación homogeneizante del mundo, aunque ya no se trate de una homogeneización sustantiva –modelo universalista-dialéctico en tiempos de igualación fordista- todavía deberíamos preguntarnos por una homogeneización formal –articulación-traducción, representación de las diferencias como hegemonía, multiculturalismo o multitud-. Una imagen del mundo en la que se representa lo impresentable, suerte de *Aleph* borgeano empañado y borroso, pero existente ahí, soterrado.

II.- Empire:

Veamos entonces, como se estructura *Empire*.

Primera advertencia. La claridad expositiva, la secuencialidad narrativa y la ilustración del libro permiten hacer la experiencia de reconocimiento del Imperio actual. *Empire* es un libro que trata sobre el capitalismo contemporáneo, sobre la configuración de la sociedad mundial y sobre los procesos de producción, circulación y subjetivación que son inherentes a este estadio, de tal forma que más que una teoría abstracta es una presentación del grado de abstracción del mismo presente. Ello impone de partida un riesgo, que en cualquier caso los autores están dispuestos a asumir: el riesgo de fallar en la descripción es a la vez, el límite que impide al libro convertirse en un recetario político. Aunque el libro esté dirigido, mediante el dispositivo de su claridad argumentativa y su geométrica organización expositiva, a ejercer su influencia más allá de “philosophers, political scientists, and socialists”.

Segunda advertencia. Aunque la claridad de *Empire* no se condice con la opacidad del Imperio, esto no resulta de una operación simplificadora, sino de una decisión política, en tal caso, si se necesitara exigir mayor precisión sobre las tesis del libro, argumentaríamos que éstas no debieran ser decontextualizadas de los desarrollos previos que ambos autores –aunque con más tiempo Antonio Negri- vienen desarrollando. Aún así, nos encontramos con una emulación del manifiesto, particularmente del Manifiesto Comunista, en el que la paradoja de llamar a la acción mediante el texto se extenúa en un tratado de más de cuatrocientas páginas y cuatrocientas noventa notas bibliográficas. Si a pesar de ello, el libro pudiese aparecer vago o superficial en algunas afirmaciones, esto se debe generalmente al intento de dar cuenta de la totalidad de problemas con que una descripción del presente se enfrenta.

El libro. La tesis central del libro es que ante nuestros ojos se está configurando un nuevo orden mundial, éste orden se diferencia del proyecto imperialista veteroeuropeo en cuanto conjuga la tradición del pensamiento jurídico-político americano, con los diversos desarrollos de la informatización de la economía y la postmodernización de la sociedad. El Imperio, cuya genealogía es rastreada en la tradición grecoromana, aparece como un orden mundial ubicuo, descentrado e internamente contradictorio. Se trata del proceso de desterritorialización capitalista llevado al extremo, donde los procesos de subsunción capitalista ahora operan absorbiendo a toda la sociedad en la dinámica del capital⁵. Destacan las siguientes transformaciones:

1.- Transformaciones a nivel del derecho, lo que da paso no a un derecho internacional⁶, que operó como utopía del modelo imperialista, sino a la configuración de un derecho mundial, que regula en el mismo nivel los procesos de producción y conflicto social. El modelo de agenciamiento jurídico usado por los autores se perspectiva desde la tradición medieval de la guerra justa, lo que no deja de ser heurísticamente significativo para explicar los conflictos bélicos post-guerra fría, e incluso, las posibles legitimaciones en políticas de intervención militar (narcotráfico, terrorismo, ataque a la tradición democrática occidental, etcétera).

2.- Transformaciones de la estructura social, en la que el trabajador industrial aparece como una etapa más dentro del proceso de proletarización –definido por la relación de explotación, en y más allá de la fábrica-. La plena universalización del modo de producción capitalista no necesita operar como universalización de la producción industrial y ello, aparte de poner en cuestión la lineal perspectiva industrial-desarrollista-modernizadora, permite pensar la integración diferenciada de las diversas zonas del planeta, en las que conviven modos de producción extensivos, con una cada vez más fuerte regulación y explotación intensiva. Ello muestra el carácter nostálgico de las reivindicaciones nacional-estatales y se materializa en el paso del obrero industrial al obrero social, que está definido por relaciones contractuales flexibles, precarias y nómades. Por ello, a diferencia del modo sedentario de vida y organización obrera en tiempos taylorista o fordistas, lo que aparece como característica central de esta multitud es su desterritorialización del lugar de trabajo y vida, su éxodo y migración⁷.

3.- Transformaciones a nivel de la relación entre técnica y producción. Si tal relación es constitutiva del capitalismo (Weber), nos encontramos no sólo frente a un proceso de tecnificación de la producción, sino a un devenir maquínico de la relación capital-trabajo. La informatización de la economía se refiere no sólo a la fuerte incorporación tecnológica a la producción, sino al desplazamiento de la centralidad de la actividad económica, desde el sector productivo al sector servicios, en un proceso que hace que este último sector adquiera características productivas.

⁵ Para una lectura sobre las consecuencias del paso de la subsunción real a la formal, en discusión con el famoso capítulo VI –inédito- del *Capital: Resultados del proceso inmediato de producción*, ver de Negri: *Fin de Siglo* (1992). Se trata de una lectura motivada por una revisión de la Teoría del Valor marxista, según las transformaciones de la informatización y de la constitución del obrero social como sujeto ya desterritorializado de la fábrica.

⁶ El análisis sobre el papel “infraestructural” del derecho moderno para el proyecto de expansión e intensificación de la explotación capitalista, desde sus fuentes renacentistas hasta el formalismo jurídico contemporáneo, su invencionismo y su continuismo está en Negri, *Insurgencias...*(1999).

⁷ Ver al respecto la compilación Hardt, Michael & Virno, Paolo. *Radical Thought in Italy: a Potential Politics*. University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996. Especialmente el texto de Virno: *Virtuosity and Revolution: The Political Theory of Exodus*. 189-210.

Información y comunicación aparecen profundamente ligadas y ello posibilitaría el paso de la cualificación del trabajo a su autovaloración.

4.- Transformaciones a nivel del poder. De la misma forma que existe un orden imperial constituido por tales transformaciones, también existe como condición del mismo orden un proceso de cualificación del trabajo en el que se produce una indistinción entre trabajo intelectual y trabajo manual, resultando de ello la constitución de un Intelecto General, también descentrado, nómada y ubicuo, pero con la posibilidad de pasar de la simple cualificación, a un proceso colectivo de autovaloración, que implicaría el paso de la multitud como sujeto interno y difuso del Imperio, a la condición de sujeto político, plenamente conciente de su centralidad en la producción de trabajo vivo. Este paso no está determinado por un proceso subjetivo de toma de conciencia sino que se ancla en la estructura profunda de las condiciones de producción del capitalismo contemporáneo. Proceso objetivo en cuanto es condición y no sólo consecuencia del Imperio, pero a la vez, su mayor amenaza, la razón de su decadencia.

4.1.- Paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. Quizá con más eficacia que nunca los dispositivos de la dominación imperial se muestran corrompiendo la potencialidad creativa de la multitud: “Imperial control operates through three global and absolute means: the bomb, money, and ether”(Empire, 345). Estos medios de control se caracterizan en la producción, proliferación y administración del miedo. El simulacro de la bomba y de la consiguiente destrucción total funciona como instancia legitimadora de la *performance* de un poder que opera como defensor de un supuestamente compartido horizonte valórico. La administración y el monopolio del dinero por las grandes ciudades es a la vez el monopolio de un bien simbólico supuestamente escaso, que determina las condiciones contractuales y de intercambio. El eter, como cortina de humo, indiferencia en los procesos de comunicación, a la comunicación misma, transformándola en mera información y socavando las posibilidades de auto-organización, cooperación y autovaloración del trabajo, más allá del capital.

Rigurosidad argumentativa, precisión conceptual, abundancia informativa e integración entre un plano de desarrollo teórico-categorial y la lectura de abundante información empírica, hacen de este libro una verdadera arquitectónica que esboza, con bastante claridad, cierto estado de la cuestión mundial. Sin embargo, el paso desde esta cartografía a un nivel propositivo, menos sugerente y más sustantivo se dificulta, con plena conciencia por parte de sus autores, precisamente porque cuando este manifiesto debe dar el paso al plano de la determinación de la contradicción central –ahora multiplicada- para señalar lo que la tradición marxista llamó la “centralidad estratégica de la lucha”, nos encontramos con la honesta sentencia que advierte el límite del libro:

How can the actions of the multitude become political? How can the multitude organize and concentrate its energies against the repression and incessant territorial segmentations of Empire? The only response we can give to these questions is that the actions of the multitude becomes political primarily when it begins to confront directly and with an adequate consciousness the central repressive operations of Empire. (Empire, 399)

Una vez acotada tal posibilidad, el libro resta sus últimas reflexiones para aproximarse al esbozo de una suerte de programa general y básico de las mínimas reivindicaciones que la multitud,

este sujeto revolucionario creado en la misma lógica desterritorializante del *Empire*, debería asumir como proto-programa. Una ciudadanía mundial, efectiva y no abstracta; la exigencia de un salario social colectivo, para todos; el derecho a la reapropiación. Estas reivindicaciones no se inscriben en una demanda dirigida al poder, sino que nombran el mismo proceso de autovaloración que permite el paso de la multitud como sujeto pasivo y efecto de las transformaciones imperiales, a sujeto político, a poder constituyente que lleva la limitación imperial a su crisis, expresando en su acción las potencialidades⁸ vitales, creativas y colectivas del trabajo cualificado y autovalorado.

III.- La imagen del mundo:

Una vez que hemos planteado la pertinencia e importancia del libro, atrevámonos a plantear algunas mínimas objeciones, que favorecerán, en el mejor de los casos, la discusión.

Si el libro cobra relevancia en su intento por diagnosticar las transformaciones del presente, por determinar sus nudos problemáticos y sus contradicciones, y por esbozar una suerte de mínima agenda sobre puntos de interés para repensar la constitución de un pensamiento político, estrictamente vinculado a la práctica efectiva y cotidiana de la multitud, todavía nos faltaría retomar la objeción dejada al comienzo, sobre la condición representacional que implica *Empire*.

La posibilidad de hacer el reconocimiento del Imperio a partir de este modelo teórico-interpretativo, no sólo es una cuestión de orden fenomenológico. La fenomenología de la sociedad contemporánea resultaría, en su misma descentración y ubicuidad, infinita y la principal consecuencia de esta infinitud es que la teoría estaría en permanente deuda respecto a una vertiginosa y pluritemporal lógica axiomática (Deleuze & Guattari, 1983). Ello impone una tarea al pensamiento crítico que está en estricta relación con la posibilidad de constituir un sistema de coordenadas. Presentaremos tales observaciones en los siguientes puntos:

1.- La imposible constitución de la sociedad planteada, entre otros, por Laclau y Mouffe (1985), se refiere a un cambio epistemológico respecto a los enfoques sustantivos clásicos de la sociología. Si la sociedad es siempre el producto de unas determinables descripciones e interpretaciones, y no un objeto pre-dado que espera ser analizado y comprendido por la mirada sociológica, entonces la variedad de sociedades posibles está en directa relación con la diversidad de estos enfoques, aunque no todas las sociedades son inmediatamente posibles, por ello, no sólo se trata de un problema de orden epistemológico, sino que de un problema político: la constitución de lo social —y ya no de la sociedad— se produce en un plano discursivo en el que la realidad del discurso mismo es el efecto de posicionamientos, cruces y tensiones que terminan por configurarse hegemónicamente, aunque esto sea momentáneamente, en atención a las mismas tensiones contrahegemónicas que supone este análisis. Si es posible pensar así, se sigue una consecuencia de innegable interés para la cuestión política de *Empire*, a saber, el paso de la multitud a sujeto político según los autores se da porque “the actions of the multitude becomes political primarily when it begins to confront directly and with an adequate consciousness the central repressive operations of Empire” (*Empire*, 399). Este devenir político, mediado por la experiencia de la lucha, podría seguir siendo siempre sólo un

⁸ Ver Negri (1991), para un análisis dedicado a la noción de potencia, en Spinoza, en la que se intenta pensar dicha noción como soporte de un concepto positivo de crisis y como fundamentación de una ontología política radical.

devenir político acotado a las características de fragmentación y aislamiento con que el Imperio maneja sus contradicciones. ¿Qué permite pasar de devenires anti-imperialistas aislados, a devenires políticos propositivos de una política más allá de los márgenes del Imperio? Sobre todo porque para los autores el Imperio carecería de un afuera, cuestión que tiene como efecto, el fin de una determinada mirada moderna sobre una pretendida reserva que siempre revitalizaría a la historia, y en ella, su horizonte utópico.

No se trata entonces de cualquier confrontación, sino de aquella “with an adequate consciousness the central repressive operations of Empire.” La salida está en el proceso de autovaloración, es decir, en la transformación de la teoría del valor, que ahora pondría acento en la indistinción entre trabajo intelectual y trabajo manual. Estaríamos accediendo a *un* fin de la división del trabajo –diagnosticada por el Marx de *La Ideología Alemana* como eje central de la historia de la producción- y tal fin se expresaría en la constitución de un Intelecto General en el que el trabajo manual mismo, vía cualificación, deviene fuertemente trabajo intelectual. Sin embargo, en este punto faltaría explicitar de mejor forma el paso de la cualificación del trabajo a su autovaloración, pues no se sigue automáticamente que los procesos de cualificación -Renault, Toyota y el tipo de expertos que suponen sus modelos de ensamblaje, organización y producción- conlleven la autovaloración. Si este proceso no es una nueva “toma de conciencia”, entonces el paso de la cualificación a la autovaloración supone la experiencia de la lucha. Pero ello nos devuelve al comienzo de la argumentación, pues el devenir político de la multitud, esto es, su autovaloración supone la lucha -con una adecuada conciencia de las operaciones represivas del imperio- tanto como la lucha supone la autovaloración. ¿Será la insistente dialéctica?

2.- *Empire* es un texto dinámico y abierto. Aún así, es también una imagen del mundo. Este no es un problema menor, pues las argumentaciones contra la paradoja inicial de nuestro artículo, nos dicen que no se sigue necesariamente de esta imagen una traducción a categorías modernas. Luego, *Empire* es una imagen post-moderna en cuanto escapa a la fijación toponímica y esquemática de “la imagen del mundo” como producto del saber objetivante⁹. Sin embargo, para escapar a la operación objetivante que supone la constitución de la imagen del mundo, todavía es necesario llevar al extremo la crítica de la relación objetivante que es también, por supuesto, una relación subjetivante.

Empire está constituido por dos caligrafías, una estándar y formal, de carácter descriptiva y que da el grueso del volumen, dedicada a las transformaciones objetivas, a sus genealogías y fuentes; la otra, cursiva y alusiva, está dedicada a nombrar los apareceres de la multitud, los pobres, el pueblo, los cristianos y cualquier otra subjetividad excedentaria al poder. Al final, el libro deviene centralmente político, pero no indistinguendo las dos caligrafías, sino que cruzando el tono alusivo con la caligrafía estándar. No se trata de populismo, sino de optimismo. Pero este optimismo debe ser sostenido autocriticamente en la misma arquitectónica del libro: *Empire* es un monumento mediático, no sólo por su presentación en tapas duras y su portada cosmográfica, ni por sus elogiosas recepciones en la contratapa. Es un monumento mediático precisamente porque está

⁹ Brevemente, el contra-argumento acá se deriva del texto de Heidegger sobre La Época de la Imagen del Mundo (1998), en el que se dictamina el carácter estrictamente moderno de la imagen del mundo, es decir, a ninguna otra época le cabe mejor que a la moderna la necesidad de producirse como imagen. Es en relación con ello que aún podría insistirse en el carácter esencialmente moderno de la imagen que entrega *Empire*.

llamado a circular –mediáticamente, por supuesto- pero, en tal circulación lo que el libro pretendería mostrar es el reverso de la misma circulación, esto es, las potencialidades de la comunicación más allá de la abstracción de la técnica. Sin embargo, acá nuevamente se extraña una consideración más acotada sobre la cuestión de la virtualidad, de la imagen y de su conjugación con la experiencia. Sin esta consideración, el libro falla al pensar su propia condición y, en tiempos de capitalismo tardío, deviene un monumento mediático, sin acontecimiento¹⁰. Ahí mismo, lo que ocurre es un proceso opuesto a la constitución del Intelecto General en el cual, la indistinción entre trabajo manual y trabajo intelectual no operaría como medio o posibilidad de autovaloración, sino, en cambio, como agotamiento del pensamiento crítico y de su intento por escapar a la división del trabajo y su lógica funcional –universitaria-. El trabajo crítico estaría, entonces, inscrito en la división internacional del trabajo y circularía como un bien disponible en el mercado mundial, un tipo de mercancía dispuesta en el menú de la biblioteca mundial, en tiempos de “mal de archivo”.

3.- *Empire* apuesta a la producción de un plano de inmanencia, en que el efecto clarificador de la teoría devenga, en si mismo, efecto productor de agenciamientos. Esto es paradójal, pero es también toda la apuesta del libro:

Deleuze and Guattari, however, seem to be able to conceive positively only the tendencies toward continuous movement and absolute flows, and thus in their thought, too, the creative elements and the radical ontology of the production of the social remain insubstantial and impotent. Deleuze and Guattari discover the productivity of social production (creative production, production of values, social relations, affects, becomings), but manage to articulate it only superficially and ephemerally, as a chaotic, indeterminate horizon marked by the ungraspable event. (*Empire*, 28)

Sin embargo, articular, mediar, reunir, representar, traducir, nombran sendos problemas del pensamiento moderno, más que soluciones. Precisamente porque lo que en primera instancia se juega en este paso y apuesta, tiene que ver con la restauración de una relación entre el saber y la

¹⁰ Se trata de la relación entre experiencia y técnica, entre pensamiento e imagen. En una discusión sobre este problema, Willy Thayer ha observado la pertinencia de salir del pesimismo de la técnica mediante la formulación de la pregunta por la posibilidad de la producción técnica de una experiencia no técnica. Mantengamos esta posibilidad en mente, mientras tanto, si la cualificación no implica automáticamente autovaloración, entonces necesitamos –cuestión que no corrige sino que dialoga con *Empire*- una reflexión sobre las implicancias de la técnica en la construcción de la subjetividad. *Empire* fundamenta tal proceso a partir de una nueva antropología que desterritorializa al cuerpo de su función e inscripción capitalista. Ahí mismo, el libro debe dar cuenta de su condición de monumento mediático y arreglar cuentas con la producción de la imagen del mundo, toda vez que en Deleuze, entre otros, y como referencia central del libro, la cuestión misma de la imagen ha sido llevada a una complejización inimaginable, a partir de reformular la relación entre la temporalidad –Bergson, Nietzsche- y el movimiento, en la imagen cinematográfica (Deleuze, 1996), por ejemplo. O en relación a la misma imagen moderna del pensamiento (Deleuze, 1994). Un tipo de imagen o de relación a la imagen, que distorciona en su intempestividad, el diagrama natural de inscripción de la experiencia, y supone una densificación más allá de la proliferación de ofertas de que dispone el capitalismo actual, que más que ser un sistema genérico y globalizado es una multiplicación de lo pintoresco y una provincialización infinita de localidades con pretensión de centro. Por ello, sin desaprobando la presentación monumental del libro y su intento de circulación mediática, todavía se mantiene impensada la relación entre esta eventualidad y su obvia inscripción: el archivo mundial y el libro.

política, para la cual haría falta no sólo desplazar el pensamiento de Deleuze y Guattari hacia la mera indeterminación, sino que también sería necesario retomar esto con la misma radicalidad con la que el libro describe el proceso de constitución del Intelecto General. Si el Intelecto General no funciona como una simple reposición de la relación moderna entre saber y política, sino que transforma radicalmente dicha relación desde una perspectiva práctica y creativa —donde lo práctico es ontológico y no referencial—, entonces ¿Porqué habría que determinar el potencial de las luchas de la multitud en un libro de circulación mediática?

Nuestra pregunta no es mal intencionada, se refiere a una problemática ya esbozada previamente. Una de las condiciones de funcionamiento del Imperio es la localización de las luchas, su aislamiento y fragmentación. En esta operación el Imperio muestra una cualidad extraordinaria para trastocar las relaciones temporales y espaciales, para las que sería necesario una igualmente extraordinaria concepción de lo temporal y lo espacial. Una analítica política que sea capaz de destruir, deconstruir o agotar —aquí las categorías no son gratuitas, pero nos abren a otros problemas— la imagen con la que el saber moderno se representó la relación tempo-espacial.

No sólo se trata de llevar al extremo la crítica a la operación objetivante del saber moderno, que es también subjetivante; sino que se trata de repensar esta lógica dicotómica con la que nos orientamos críticamente: una lucha, por aislada y fragmentada no está expropiada de toda sus potencialidades, pero ello, que *Empire* estaría dispuesto a asumir, implica que no podemos anteponer al acaecer de estas prácticas sociales, precompresiones tales como local o universal; necesario o contingente. Si el pensamiento político moderno (Laclau & Mouffe, 1985), ha llevado al extremo la crítica de la lógica de la necesidad, y ha repensado la cuestión de lo contingente (o Rorty o Laclau), sólo podríamos argumentar que clasificar una lucha como local es siempre presuponer una cierta universalidad, que se cuele irreflexivamente. Lo mismo si tildamos una lucha como meramente contingente, detrás de tal adjudicación aún respira la filosofía de la historia y su lógica de la necesidad.

Deleuze y Guattari vieron esta paradoja (1987), tanto como nosotros hoy, tal vez sea tiempo de repensar todo esto de nuevo, tal vez no sea tan malo asumir que nuestras incertidumbres teóricas tienen cierta independencia respecto a la vitalidad práctica. Sin embargo, dicha vitalidad ya es, otra vez, un presupuesto. En este lugar habita la expresión más sugestiva del pensamiento moderno, la de haber hecho la experiencia de la determinación, su fracaso y su apertura a la desdeterminación. Este es el fin, no el término, sino el fin de un pensamiento que ha realizado sus potencialidades. Volver a establecer una relación entre saber y política, apresurando una imagen de las condiciones del presente, es volver a la determinación, es, de una u otra forma, renunciar a la posibilidad de un devenir político del pensamiento. El fin de la cartografía supone no sólo este devenir, sino una radicalidad para la que aun no estaríamos preparados, habitar la desdeterminación. La incompletitud del saber¹¹.

¹¹ El cuento de Borges con el que comenzamos este artículo, *Del rigor de la ciencia*, termina así: “Menos adictas al estudio de la Cartografía, las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas las Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas” (1994, 225). No será este el final de *Empire*, por de pronto porque nos deja con tales interrogantes. Gracias a libros como estos, aun nos queda discusión para bastante tiempo.

Epílogo.

El anterior trabajo responde a lo que se entendió, en el momento de su escritura, como “primeras lecturas y críticas”, por ello su tono programático y genérico. Debo reconocer que el Libro de Hardt y Negri ha sido objeto de múltiples debates, demostrando, en concreto, la importancia de su gesto. Sin embargo, quisiera usar unas últimas líneas para precisar una fraternal discordancia con ciertos efectos de lectura y zonas inespecificadas que aún, para mí, habitan en el fenómeno *Empire*¹². A la vez, el uso de la noción de fraternidad debe entenderse no en su sentido comunitarista, sino en cuanto quisiese mostrar cómo, desde ciertas premisas más o menos similares a las forjadas por estos pensadores, me aporaleman cuestiones desconsideradas o referidas con demasiada rapidez, en el libro.

El lugar desde el que planteo lo que llamaría mi interrogante mayor podría ser catalogado como “Materialismo Aleatorio”¹³, un tipo de consideración en formación, que debe mucha de su fuerza reflexiva a los mismos autores de *Empire*.

1.- Una primera cuestión está referida a la resistencia. La resistencia al auto-reconocimiento y el auto-festejo por elaborar representaciones coherentes sobre la actualidad, pues en ellas se juega generalmente un momento de traductibilidad productiva, que consiste en el reemplazo categorial de figuras de pensamiento desechadas, en primera instancia, pero rebautizadas en segunda instancia. Un ejemplo claro de tal operación está en la permanente oferta de mapas y agendas para la “izquierda” y para el pensamiento crítico, sobre la base de representaciones del mundo que no radicalizan el momento reflexivo, y que privilegian el tono ético y denunciativo. En términos comunes no se podría estar en desacuerdo con la urgencia de tales posicionamientos, pero la urgencia ha llegado a ser un atributo del capital. Productivismo y operatividad, en tal caso, no son las alternativas a la lógica del capitalismo tardío, sino su misma definición.

2.- Pero tal traductibilidad supone un segundo momento, menos sujeto a la lógica -¿agotada?- de los reemplazamientos categoriales. Supone un momento de fijación, en el que la misma cartografía se reifica perdiendo su condición de instantánea, y deviniendo plan maestro de la acción y de la orientación en el mundo. La oferta representacional entonces, se transforma en saber seguro sobre el mundo, y en tanto tal, reinstala la problemática relación ilustrada entre saber y política. A esta relación se la conoce como *determinación*.

¹² Y porque finalmente, junto con la economía de sentido del libro, lo que importa desde una consideración materialista, son las condiciones de su lectura, su circulación y su monumentalización.

¹³ Tema demasiado complicado para desarrollar acá. Como mínimo, observese el Boon de Spinoza, el último Althusser escribiendo sobre Maquiavello, Spinoza, también sobre él. Los textos de Macherey, de Montag, etcétera. Por último, un atrevimiento: ¿Qué sería leer la analítica existencial del *Dasein*, como ejercicio fundamental del materialismo aleatorio?. Pues las exigencias de tal analítica suponen, constitutivamente, una diferencia con la antropología, la historia, la psicología y las otras formas de “comprensión” óptica y metafísica del Ser. Suponen un “más allá” de la determinación existencial y de la comprensión vulgar del tiempo, como también, en el Heidegger posterior, del espacio.

3.- Entonces, una crítica radical a la relación de determinación cartográfica es, a su vez, una crítica que invita a repensar la relación entre saber y política. En tal sentido, los saberes indiciarios y los altamente cualificados que competen al proceso de cualificación del trabajo asalariado, sólo quedan *liberados* de su inscripción en la división planetaria del trabajo, una vez que la autovaloración se hace *efectiva*. Sin embargo, es la *efectividad* de tal autovaloración la que resulta inespecificable categorialmente, pues de hacerlo, de determinarla, se repite, en un segundo nivel, el vicio determinista del pensamiento ilustrado. Este vicio es, también, el de esperar el libro perfecto: aquel que capitalice la efectividad de la autovaloración, mostrando, en las coordenadas de la representación escritural del texto, la clave que solventa un nuevo principio emancipatorio en y de la historia.

Y aquí está, otra vez, la paradoja, pues los autores le exigen a Deleuze y Guattari, precisamente aquello que ellos no pueden determinar, pues de hacerlo, *efectivamente*, harían evidente el momento de *determinación* con el que la dicotomía Imperio/Multitud sobredetermina la *multiplicidad*¹⁴ de las luchas.

Empire sigue operando en un plano, de manera crítica y creativa, dejando ver procesos materiales y fácticos de transformación del mundo contemporáneo. Por ello no se trata de una vulgar reconceptualización. Multitud, Imperio, postmodernización de la sociedad, informatización de la economía, transformación del Derecho, etcétera. Pero acá se muestra un giro de sobredeterminación, típicamente moderno: un giro cuya modernidad es la instanciación del pensamiento en la política, es decir, la suposición de una relación natural, *a priori*, determinable y cognoscible entre saber y política.

Pues, *Empire* no va más allá que su interesante cartografía, y los entusiasmos que genera la apelación a la multitud. Y ¿qué sería ir más allá?, ¿acaso se trataría de determinar la conformación de la misma multitud, más allá de su nominación genérica?. No, pues aunque podría corregirse el tono americanista y metropolitano del uso de la multitud, aunque podría incrementarse el saber a mano sobre las condiciones específicas de la multitud en diversos lugares del mundo y, aunque podría pensarse en relaciones de subalternidad al interior de la misma multitud, *la pregunta no está dirigida a la representación y su lógica de autocorrección*.

Más allá de la multitud, en este caso específico, quiere decir más allá de la relación determinativa moderna, pues en la medida en que Hardt y Negri no ahondan sus consideraciones sobre la cuestión de la temporalidad y la espacialidad, la imagen y la circulación, entre otras, todavía fallan a la hora de pensar la no relación entre saber y política. Esta falla no es menor pues, cuando el libro concluye, reintroduce una relación que determina las potencialidades de la multitud en relación al Imperio, sobredeterminando de paso, el conjunto de prácticas sociales conflictivas, en su multiplicidad e i-reunibilidad a priori, para leerlas desde la dicotomía Imperio/Multitud. Todo aquello que se mueve por fuera de esta dicotomía está condenado, como Deleuze y Guattari, a la indeterminación. Entonces, otra vez, el carácter profundamente hegeliano de un pensamiento que, imposibilitado de avanzar hacia la desdeterminación del materialismo aleatorio, sigue preso de las coordenadas Indeterminación-Determinación- Autodeterminación como comunismo ahora, donde

¹⁴ Se trata de las diferencias, no del todo reflexionadas, entre la cuestión de la multiplicidad y su conversión en multitud.

el último momento funciona como realización de las potencialidades de la multitud —el nombre secular del Espíritu—.

4.- Repitamos. Frente a esta operación de determinación moderna, lo que se deja impensado es la *desdeterminación* como condición secular de la crisis, para dar paso a la multiplicidad de determinaciones contextuales, y ya no universales o trascendentales, sino, por ello mismo, políticas. En tal caso, la *desdeterminación* no es un suspiro del “alma bella” que se encuentra disconforme con el sentido del mundo, quedando, a la vez, imposibilitada de respuestas. Pues ella implica un momento de negatividad radical que se ejerce sobre la determinatividad moderna del saber sobre la política.

Este es el plano en que una consideración sobre los conflictos sociales y sobre el carácter inmanente de la relación al tiempo y al espacio, imposibilita reinscribir tales conflictos en el sistema de coordenadas metafísico de la tradición de pensamiento moderno: pues la universalidad o necesidad de una lucha son efectos de su *performance*, y no condiciones exteriores a las que se debe llegar. A esto le llamamos determinación de segundo grado. Un tipo de determinación, en tanto que tal, post-teológica.

Estas son las inquietudes que me despierta la lectura de *Empire*, en ellas habita una insistencia, la de extraer del libro todo su potencial problematizador. Ahí mismo, la problematización no debe detenerse en cuestionar la traductibilidad, el determinismo cartográfico o la antropologización de la multitud, pues, precisamente porque se trata de un libro político, habríamos de acordar, al menos, que en tiempos como estos, el fundacionalismo, la cartografía y el humanismo, se muestran profundamente coligados, para arremeter, otra vez, determinativamente, ofreciendo un nuevo principio emancipatorio.

2000 y 2001, Pittsburgh.